

PELOSI, Hebe Carmen. **Argentinos en Francia. Franceses en Argentina, una historia colectiva.** Prólogo de Paúl Dijoud. Buenos Aires, Ciudad Argentina, 1999, 527 p.

Esta obra se encuadra dentro del marco de una historia cultural. A lo largo de sus páginas iremos descubriendo los comienzos, el auge y la disminución de las relaciones culturales entre Francia y la Argentina durante un período muy rico de nuestra historia nacional; desde los días del centenario hasta la implantación de una democracia de masas.

El objetivo de la obra, según lo plantea la autora, es «contribuir a aclarar aspectos culturales en una época en que las elites políticas eran a su vez sociales y económicas y dirigían la cultura del país». En ella se desarrollan las redes sociales, el poder de los intelectuales, las estrategias políticas y las instituciones culturales en su relación con el poder político.

Esta historia surge de la aproximación de Pelosi a fuentes inéditas del Instituto de la Universidad de París en Buenos Aires, que le fueron proporcionadas por Adolfo Bioy Casares.

Desde el comienzo de la obra se dejan translucir dos polos distintos: el centro cultural, Francia, y la periferia, Argentina. A pesar de los numerosos intentos de los intelectuales argentinos de cambiar esta situación, las relaciones siempre fueron, en mayor o menor grado, unilaterales.

El libro se divide en tres partes: En la primera descubrimos los orígenes de las relaciones franco-argentinas y particularmente la influencia de la cultura francesa en los más destacados intelectuales argentinos de fines del siglo XIX y principios del XX, así como en el estrato más alto de nuestra sociedad.

La autora ubica estos orígenes en el siglo XVIII, con la penetración del espíritu galo en España a través de los Borbones; con ellos se produce un afrancesamiento en todos los aspectos de la vida española. América no queda fuera de este proceso. Los hispanoamericanos que estudian en España, leen a Voltaire, a los fisiócratas, a Montesquieu ya los enciclopedistas. Se impregnan de las ideas ilustradas francesas que más tarde propagarán en sus tierras y serán una de las fuentes para la emancipación.

Esta influencia no finalizará con las revoluciones sino que continuará a lo largo de todo el siglo a través de la generación romántica del '37 y de los positivistas del '50. Así como con los inmigrantes franceses, que arriban a estas tierras durante la segunda mitad del siglo XIX, quienes fundan colonias agrícolas, como Pigüé, o se instalan en las casas paquetas de Buenos Aires como profesores, institutrices, gobernantas, impregnándolas del espíritu francés. Sin olvidar los ingenieros y arquitectos que hicieron de esta ciudad la París del Plata. Todos contribuyeron, en menor o mayor medida, al progreso de la nueva nación.

Hay que destacar, por su importancia, la labor realizada por las entidades educativas de origen francés, instaladas en todo el territorio nacional, para la difusión de la cultura y en especial de la lengua de la nación gala.

En estos años dos personalidades francesas descollarán en el quehacer intelectual y serán de gran importancia en el campo cultural de la Argentina. Paul Groussac, con sus importantes aportes a la crítica y metodología histórica y la fundación de *La Biblioteca*, y Amédée Jacques, con su destacada labor en el área de la educación argentina.

Le generación del centenario también beberá de las fuentes francesas. Autores como Bergson, Poincaré, Meyerson serán absorbidos por los jóvenes de principios de siglo y se convertirán en el sustento de la corriente espiritualista que surge durante estos años.

La investigadora destaca la influencia de la literatura gala -el naturalismo de Zola y el modernismo de Darío- , como punto de partida del intercambio cultural y sobre todo el motivo por el que los intelectuales hispanoamericanos viajarán a París.

El modernismo favorecerá la estabilidad de la colonia hispanoamericana en París, las visitas serán más prolongadas y algunos se asentarán definitivamente.»Muchos de ellos ejercerán la diplomacia y/o el periodismo como medio de vida». Rubén Darío, Enrique Larreta, los peruanos García Calderón, Maximiliano Daireaux, son algunos de los que conformaron esta importante colonia literaria.

Muchos argentinos queriendo olvidar sus orígenes hispanos vuelcan, con ansias, su mirada hacia Francia. París, la ciudad luz, forma parte de la mitología argentina; todo argentino rico, intelectual o no, debía pasar por ella. Todos, a su regreso, van a contribuir a la penetración de la influencia francesa en nuestro país. Claro ejemplo de esto es la educación que darán a sus hijas.

Señala la autora que, para la elite burguesa, «Francia se les presenta como factor principal de la civilización moderna, la inspiradora de libertad, igualdad y fraternidad y les ofrece una cultura latina, acorde con sus raíces europeas.»

Paralelamente nace en Francia un interés por lo hispano, en especial por todo lo latinoamericano. Los franceses se maravillan ante el exotismo del nuevo continente. El período de 1894 a 1904 constituirá «una década decisiva en el hispanismo francés».

Surgen asimismo varios organismos para el encuentro entre franceses y latinoamericanos como el Comité France-Amérique, La Asociación Paris-Amérique Latine, el Service Oeuvres Françaises El l' étranger y el Groupement des Universités et Grandes Ecoles de France pour les relations avec l'Amérique Latine. Valery Larbaud será el introductor en Francia de la literatura latinoamericana. Las estrategias de estos organismos para efectuar la «misión civilizadora» de la cultura francesa en latinoamérica están ampliamente desarrolladas en estos capítulos.

Los medios gráficos también se convertirán en otros modos de difusión. El Comité fundará la revista *France-Amérique*, que tendrá como

objetivo poner al corriente a sus lectores sobre la vida en los países americanos. El Groupement publicará el *Bulletin de la Bibliotheque Americaine* con el objeto de publicar artículos sobre los principales problemas que interesan al movimiento intelectual de América Latina al tiempo que solicita a los universitarios americanos colaboraciones para que hagan conocer sus respectivos países en Francia.

Este interés también se traduce en iniciativas comerciales, como la Compañía Francesa de Ferrocarriles de Santa Fe y la construcción del puerto de Rosario a principios del siglo XX.

El centenario será la oportunidad para concretar la ofensiva cultural que por esos años encara el país galo. La idea fuerza será la «identidad latina» entre el nuevo continente y Francia.

Las relaciones culturales entre ambos países se institucionalizarán a través de acuerdos. El primero de ellos fue firmado en 1910 para fundar una cátedra de historia política y económica de la República Argentina en la Sorbona. El inicio de la Gran Guerra paralizará el proyecto.

La segunda parte se inicia con la presidencia de Alvear, «parisino consumado». Este período se torna el más esplendoroso de las relaciones franco-argentinas. Gracias al nuevo presidente se «fundan instituciones y se realizan emprendimientos que reconocen su inspiración, empuje y amistades» forjadas durante la larga estadía de Alvear en París.

Durante el período entre guerras Francia intentará renovar su supremacía cultural sobre América Latina, frente a la fuerte propaganda alemana. A través de diversas políticas tratará de transformarse en la «Nación-Guía» del Nuevo Mundo. Siempre teniendo como guía a la idea de latinidad.

En estos capítulos Pelosi desarrolla los cambios operados desde el gobierno de Francia, sobre todo en el campo diplomático, para poder cumplir con dicha misión. América Latina asistirá a la fundación constante de instituciones universitarias a lo largo de todo su territorio.

Con respecto a nuestro país, la autora destaca la importancia de la llegada de Roger Clause como representante de Francia, quien se transformará en el abanderado de la política cultural francesa en estas tierras. El dará el impulso final para la fundación de la sede argentina

del Comité Français-Amérique, con el objetivo de «crear un lazo intelectual y moral entre el pueblo argentino y el francés».

En este marco se fundan el Instituto de la Universidad de París en Buenos Aires, el Instituto de las Universidades Argentinas en París y la Casa Argentina en la Ciudad Universitaria de París. La Legación Argentina en París es elevada a Embajada.

Gran parte de estas páginas están dedicadas a los principales protagonistas de estos hechos. En ellas la investigadora esboza un perfil de cada uno de ellos, analiza los vínculos que estos actores privilegiados poseen con otros actores sociales y el marco estratégico en que actúan y en el que todos se sitúan.

Los principales actores de la periferia fueron José Arce, Adolfo Bioy y Carlos Ibarguren; los del centro cultural, Georges Dumas y Ernest Martinenche.

El Instituto de la Universidad de París en Buenos Aires (IUP), fundado en 1922, se convierte en el principal actor de las relaciones franco-argentinas. Las principales realizaciones que lleva a cabo tienen lugar durante la presidencia de Alvear; aunque su época de esplendor se prolongue hasta los inicios de la Segunda Guerra Mundial.

Durante este período, el Instituto permite que visiten el país, desde su fundación hasta el comienzo de la Segunda Guerra, más de sesenta científicos franceses. La medicina fue la ciencia que más profesores recibió. En él se combinarán las intenciones francesas y la francofilia argentina.

Desde la creación del IUP, sus fundadores van a bogar para que se cree su correspondiente en la Universidad de París. Este anhelo se concreta en 1924, pero muy pocos profesores argentinos visitarán las aulas del Instituto y los que lo hacen residen en dicha ciudad. La reciprocidad en los intercambios culturales, gran preocupación de los argentinos, no se implementará durante el período entre las guerras mundiales.

Por esos años, gracias a las gestiones de Alvear ya la generosidad de Otto Bemberg, se inaugura uno de los Pabellones de la Casa Argentina en París.

La investigadora dedica unos capítulos muy ricos a la descripción de la política argentina del período entre guerras desde la óptica de los servicios diplomáticos franceses. Así como los vastos intentos franceses para recuperar la influencia cultural que a grandes pasos van perdiendo frente a otros países como Alemania y Estados Unidos en los años anteriores a la Segunda Guerra.

La tercera y última parte se inicia con los años de la Segunda Guerra, que señalan el comienzo del debilitamiento de las relaciones entre ambos países.

Este será consecuencia de las anacrónicas propuestas francesas para recuperar la supremacía cultural y de las vicisitudes políticas por las que atraviesa nuestro país después de finalizar la guerra.

En estas páginas la autora desarrolla algunos de los rasgos más importantes del gobierno de Vichy, la postura de la Argentina frente a la guerra y la iniciativa de algunos argentinos y franceses de preservar la cultura francesa en estas tierras.

Resultado de esta última es la fundación del Instituto Francés de Estudios Superiores, que se convertirá en el principal foco de irradiación de la cultura francesa en nuestro país, reemplazando, poco a poco, al desarticulado Instituto de la Universidad de París en Buenos Aires. A partir de 1954 el Instituto Francés cambiará su nombre por el de Instituto Francés de Buenos Aires colocado bajo el patronazgo de la Universidades de París y Burdeos. Esta institución es conocida en los medios intelectuales de nuestro país, pero nunca había sido estudiada hasta ahora.

Una de las figuras más destacada de este instituto fue Roger Caillois, quien por su conocimiento que adquiere de la Argentina y de nuestra literatura será uno de los principales difusores de la misma cuando regrese a su patria.

Durante los años de la guerra el Instituto nucleará a sectores aliadófilos y receptores de la tradición cultural francesa. Pero su influencia se ejercerá cada vez más sobre una parcela muy reducida de la sociedad argentina.

Finalizada la contienda, Francia intentará recuperar el campo perdido con un discurso superado, olvidando que todos los países

latinoamericanos viven una etapa en la que el populismo busca afirmarse en el poder estimulando los valores nacionales.

Dentro de esta nueva estrategia se inscriben la Misión Extraordinaria Francesa, con el objeto de llevar al continente americano el saludo de la nación francesa liberada, y la creación, en 1954, del Institut des Hautes Etudes de l'Amérique Latine, los que tendrán poca repercusión en nuestro país.

Después de superar diversos obstáculos diplomáticos la Misión llega a Buenos Aires en mayo de 1945 y es recibida por las más altas autoridades del gobierno nacional. En nuestro país se reunirán con algunos de los Ministros y varios de los enviados, como Raymond Ronze, Georges Garbad y Vallery-Radot, dictarán conferencias en la capital y en el interior.

Un detalle interesante de esta visita es el informe que redactarán a su regreso. En él se encontrarán los nombres de aquellas personalidades argentinas con que Francia podría contar para reanudar su misión cultural. En este punto, la autora se pregunta si realmente este grupo de personas, "conocidos por su francofilia y pertenecientes, aunque no todos, a la aristocracia conservadora», podría llegar a constituirse como soporte social de una acción de difusión cultural, en un momento en que este sector social se encuentra en retirada de los salones del poder.

En el marco de esta nueva embestida francesa, la investigadora centra el homenaje al General José de San Martín en la Sorbona, en Lyon y en Boulogne-Sur-Mer, durante la segunda mitad de 1950. "Los festejos por el sesquicentenario de la muerte del General San Martín adquieren en Francia el esplendor que le comunican las inquietudes por mantener una relación fluida con el continente»

El General de Gaulle viajará a la Argentina en 1964. Visitará las sedes de las instituciones gubernamentales: la Casa de Gobierno, el Congreso, la Corte de Justicia, rendirá homenaje al Gral. San Martín, se reunirá con miembros de las colectividades francesas y colocará la piedra fundamental del Liceo Francés. Finalmente firmará un convenio de "Cooperación cultural, científica y técnica entre el gobierno de la República Argentina y el gobierno de la República Francesa», Este acuerdo nunca llegará a concretarse a causa de la caída del gobierno de Illia. Los

sucesivos golpes militares impedirán su reanudación. Recién en la década de los 90 se reanudarán las disposiciones de este convenio.

En los años 60 el IUP cerrará sus puertas definitivamente. Según su último director, Adolfo Bioy, «la obra del Instituto ha terminado, ya no tiene cómo reaccionar...nuestro mal obedece a circunstancias generales e imprecisas, a estados de ánimo de las gentes, a cambios de panoramas en los países». Cabe señalar que, por circunstancias de la política interna argentina, el Instituto había roto sus lazos con la universidad, rasgo específico de sus realizaciones académicas. A esto se le debe sumar el cambio de actitud desde el centro cultural. Francia tratará de llevar a los latinoamericanos a París dejando de lado las conferencias y cursos en el extranjero.

Finalmente la autora dedica un capítulo al estado actual de las relaciones económicas y culturales entre ambos países, señalando la importancia del aluvión de capitales franceses a partir de la estabilidad constitucional iniciada en 1983.

Creemos que el libro cumple acabadamente con su propósito. Demuestra cómo «la influencia de la cultura francesa corresponde con el auge de la burguesía conservadora, su pérdida de prestigio marcha a la par con la declinación de ésta».

En la obra se visualiza el concepto de latinidad como operatorio, es decir como aquel que le permitió a Francia instrumentar la influencia cultural en Latinoamérica, para oponerse a su tradicional enemigo: el predominio germano.

Para sustentar este estudio la Dra. Pelosi se apoya en un amplio cuerpo documental consultado en archivos argentinos y franceses, muchos de ellos inéditos. El libro cuenta con una extensa bibliografía sobre todos los temas que trata. La obra resulta un excelente punto de partida para futuras investigaciones en este terreno, sin perder atracción para el público en general.

Verónica Ferrazzini de Otero